

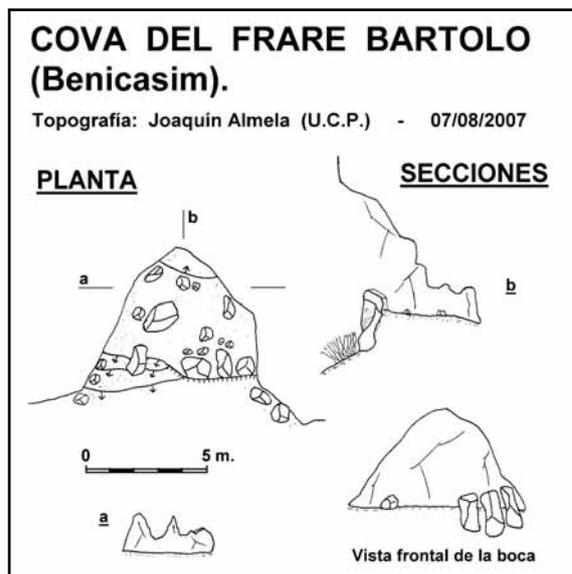
GRUTAS, CUEVAS Y CAVERNAS. DESDE UN PUNTO DE VISTA ANTROPOLÓGICO.

Jaime Vilarroig Martín
Universidad CEU Cardenal Herrera

La ciencia humana es maravillosa; pero por debajo (o por encima) de la ciencia hay algo que es lo que le da su pleno sentido. Por ejemplo, es bien conocida la tesis de que la matemática surgió entre los egipcios porque estos tenían necesidad de medir y orientar adecuadamente las pirámides que sepultarían a sus faraones, o parcelar las áreas de tierra inundadas anualmente por el Nilo. La ciencia de las cuevas, la espeleología, en este sentido, no es una excepción. Por debajo de la descripción científica y precisa de los datos cuantificables que pueden recogerse de una cueva, y que con tanto tesón realiza esta misma revista, está el sentido que las cuevas tienen para el ser humano. No se trata sólo de la utilidad, sino del sentido. Si no nos interesaran las cuevas, no nos preocuparíamos científicamente por ellas. Y nos preocupan no sólo porque les encontremos una u otra utilidad, sino porque tienen un determinado sentido en nuestra vida. ¿Qué pintan las cuevas en la vida del hombre? ¿Qué le dice una cueva a un urbanita del Siglo XXI? La antropología, como ciencia del hombre, es la mejor guía para intentar dilucidar la función de una cueva en nuestra vida. Y esto lo podemos hacer recurriendo a la vida cotidiana, a la filosofía o a la religión.

Ahondemos un poco más en esta distinción entre lo que es una cueva desde un punto de vista de sus datos cuantitativos y el sentido de una cueva para el ser humano. La cueva, perfectamente descrita en todos sus datos pero sin ninguna relación con su vida, carece de interés para el ser humano. ¿Por qué el ser humano se interesa por una cueva? Los motivos pueden ser múltiples, pero siempre tienen que ver con la vida del hombre, con mi vida: quizá esta cueva fue habitada por neandertales (Les coves del Tossal de la Font); quizá sirvió de refugio en la guerra civil (Cova del Bolimini), quizá fue habitada por seres legendarios como Tombatossals (Cova de les Meravelles), o quizá fuera la puerta al inframundo (Cova del Diable). Incluso en un mundo no habitado por hombres (p.e., en la Luna), nos movería el interés de ser los primeros que pisamos dicha cueva. Siempre hay un sentido que

hace que la cueva se inserte en nuestra vida, y busquemos, en un segundo momento, la espeleometría de la misma.



¿Qué tiene que ver el mundo de las cuevas con mi vida? Una de las primeras ideas que nos viene a la mente es recordar el útero materno y la tumba. No es una obviedad ni carece de importancia: resulta que el origen de mi vida se dio en algo que se parece mucho a una cueva; y en el final de mi vida mi cuerpo descansará en algo parecido a una cueva. Quién soy yo tiene que ver con el lugar de donde vengo y a donde voy; así que si vengo de una cueva y voy a una cueva, la



El Huevo cósmico.

cueva se convierte en un elemento indispensable para saber quién soy yo.

Respecto del útero materno como gruta primordial de la humanidad es una idea demasiado trillada como para que merezca aquí mayor consideración. Por lo mismo, es lógico que el hombre busque protección en cuevas, no solo por su utilidad, sino porque le recuerdan simbólicamente el útero materno. Y como todos los seres humanos nacemos del mismo modo en todas las partes del globo, estamos ante un hecho biológico y cultural universal. Quizá por ello en muchos de los relatos míticos sobre el origen de la humanidad se hable de un huevo cósmico (China, India, Egipto, etc.), en cuyo interior (a modo de cueva) se halla contenido el germen de todo cuanto existirá en el futuro. O podemos recordar la cosmología egipcia que habla del cielo como el cuerpo de una diosa (Nut), curvado sobre la tierra (Geb), a modo de cueva protectora. No podemos olvidar tampoco la imagen bíblica de "la bóveda de los cielos", que nos encerraría a todos, en definitiva, dentro de la misma vastísima cueva, hermanándonos en un mismo destino.

Sin embargo no puede hablarse de la misma universalidad respecto del enterramiento por inhumación, o del enterramiento en cuevas artificiales (pirámides, panteones, catacumbas, etc.); porque el enterramiento por inhumación no es universal (cremación, descarnación, etc.). Aunque en último término el destino del cuerpo siempre sea la tierra de la que surgimos, la conexión de mi muerte con las grutas será mucho más evidente en aquellas culturas cuya forma predominante de sepultura sea la inhumación (p.e., la cultura de los túmulos, o el cristianismo frente al paganismo). Además la

cueva está presente al final de nuestra vida de otro modo muy evidente: en las cacotopías a las que es tan aficionada la literatura y el cine en el siglo XX, tras destruirse el mundo el hombre vuelve a vivir en cuevas. Sea como refugios antiaéreos, sea como refugios nucleares, sea como nave lanzada al espacio tras el agotamiento del sol, sea porque toda edificación humana se ha destruido en una hecatombe y hay que empezar de nuevo, todos llevamos a las cuevas en el subconsciente colectivo cuando pensamos en el final de la humanidad.

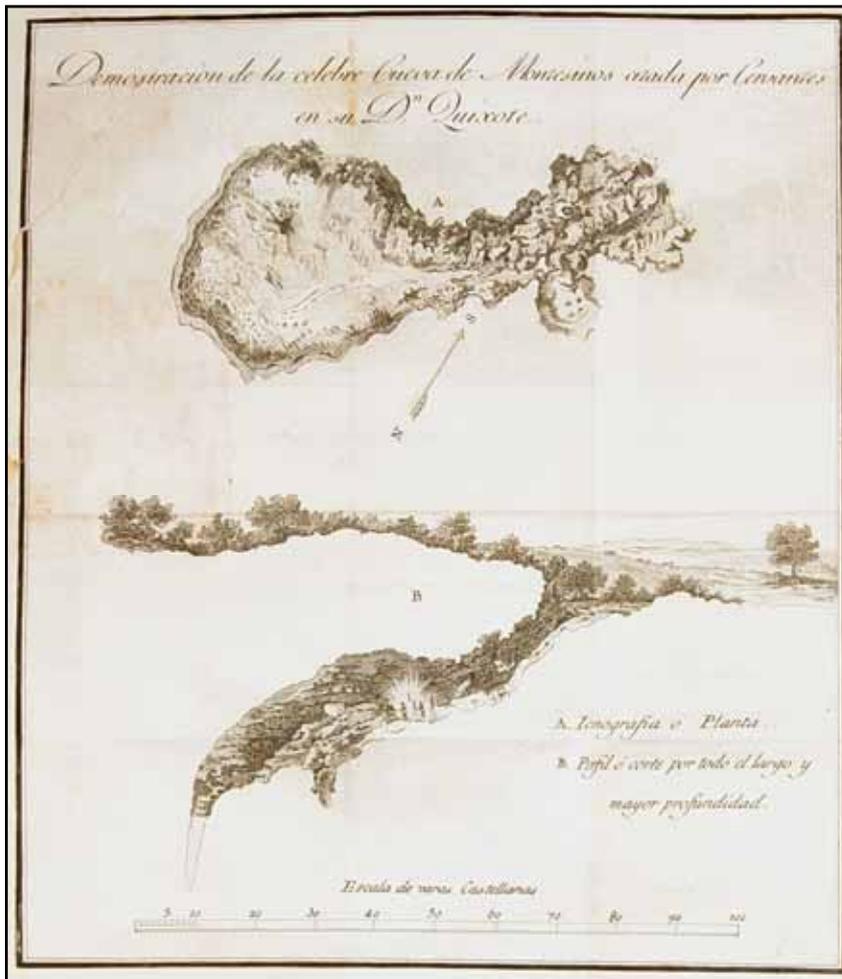
Pero la cueva no es sólo principio y fin de nuestra vida, sino que hacemos la vida junto a ellas. Desde que el hombre se irguió sobre sus extremidades traseras e incorporó el bipedismo, con toda la serie de cambios anatómicos que ello comporta, y alentó en él un espíritu consciente y libre, las cuevas han sido refugio para el hombre. El primer lugar que el ser humano habitó en sentido propio fueron las cuevas; las cuevas fueron las primeras "habitaciones" humanas. Muchas cuevas de nuestra provincia (como las del barranco de la Valltorta) sirvieron como fulcro de la vida cotidiana de nuestros antepasados: allí se comía, allí se descansaba, allí se producía arte. Y de las cuevas parietales a las modernas casas, pisos, villas o mansiones: todas ellas son extensión de las primeras grutas donde el ser humano hizo su habitación.

Juan David García Bacca distingue entre hallazgos e invenciones, a la hora de hablar de la evolución cultural. Los hallazgos serían elementos naturales de los que el hombre se sirve, sin modificar (la cueva); mientras que las invenciones serían artefactos realiza-

dos por la mano del hombre mediante la modificación del material previo (la casa). No es lo mismo emplear una piedra para partir una nuez, que convertir la piedra en un martillo con mango y con forma adecuada para hacer de ella una herramienta de precisión; pero sin embargo hay una línea que conecta una cosa con la otra: en nuestro caso, las cuevas con las casas.



Fotograma de la película de *El Club de los Poetas Muertos*.



Grabado de la cueva de Montesinos de Grabiell de Sancha, editado en Madrid en 1797-98.

La cueva está tan presente en la vida de los hombres que los filósofos se han servido de ella para hablarnos de la condición humana. Es inevitable aquí la alusión a la caverna de Platón, donde en una de las metáforas más fecundas de la historia del pensamiento, se compara a los seres humanos con prisioneros metidos en el fondo de una cueva, a la que sólo llegan pálidas sombras del exterior. La pretensión del filósofo en concreto, y de la humanidad en general, está en salir de la caverna y ver las cosas como son, cara a cara, sin la mediación de las sombras que nos ocultan el ser. Es la experiencia de liberación que habrán sentido al salir a la luz los intrépidos espeleólogos que pasan horas e incluso días en las entrañas de la tierra. La metáfora del hombre metido en una caverna, que se suele identificar con el cuerpo, atraviesa toda la historia del pensamiento. También el empirista inglés, F. Bacon, hablaba de los "ídolos de la caverna" como los errores y prejuicios individuales que podemos cometer al intentar conocer con claridad y distinción el mundo que nos rodea: desde dentro de una

cueva no puedo ver el mundo tal cual es.

En definitiva, si la vida cotidiana del hombre nos presenta la caverna como un lugar del que salimos y al que retornamos, diríase que la filosofía nos lo presenta como un lugar del que debemos escapar (Platón) porque nos impide conocer adecuadamente el mundo (Bacon). Quizá sea esto por culpa de identificar el cuerpo con una cueva-tumba, propio del mundo sensible habitado por simulacros. Esta idea late también en los elevados versos de San Juan de la Cruz, quien cantándole al amado dice: "¡Oh lámparas de fuego, en cuyos resplandores las profundas cavernas del sentido, que estaba oscuro y ciego, con extraños primores, calor y luz dan junto a su querido!". Con ello, se compara el conocimiento sensible a una caverna, en la que no podemos ver con claridad y necesita ser alumbrada.

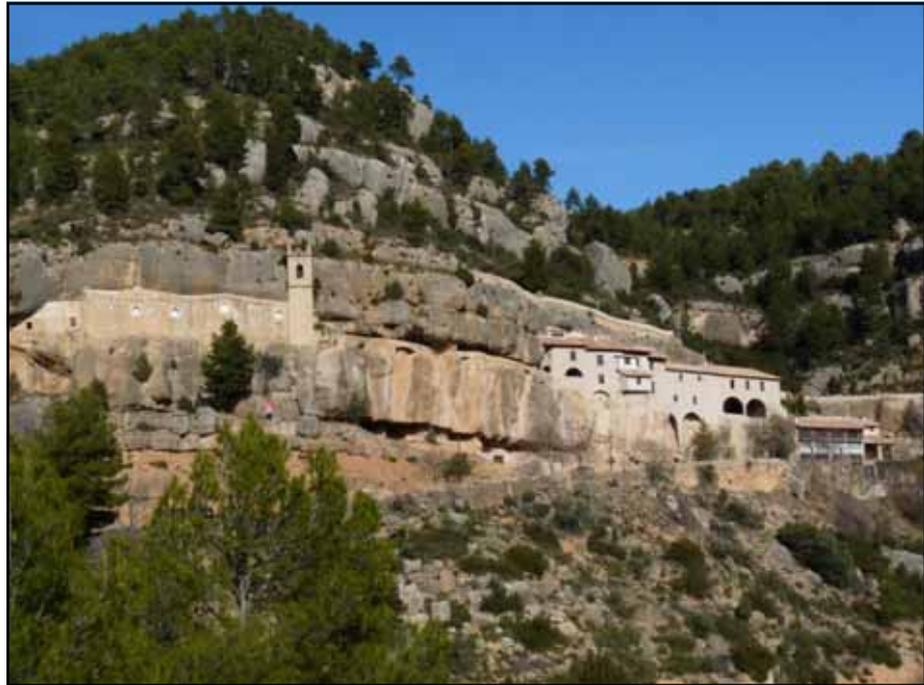
La referencia a San Juan de la Cruz nos da pie para hablar de la cueva como ámbito propio de lo sagrado. El historiador de las religiones Mircea Eliade, siguiendo algunas ideas del sociólogo E. Durkheim, dice que existe en la humanidad una distinción radical y básica entre lo sagrado y lo profano. Pues bien, la cueva sería uno de los lugares propios de la manifestación de lo sagrado. Los cultos místicos de la antigüedad siempre se celebraban en lugares ocultos y cerrados (de donde proviene la palabra Misterio, que significa lugar cerrado); y las grutas eran un lugar propicio para ello. ¿Para qué se oculta el hombre? Para realizar acciones prohibidas (lo satánico es parte también del mundo de lo sagrado) pero también para comunicaciones íntimas, sea con Dios, sea con la pareja amada. Una referencia cinematográfica a esto la tenemos en *El Club de los Poetas Muertos*, donde un grupo de adolescentes se reúnen precisamente en una cueva, por la noche y fuera del control adulto, para leer poesía y

extraerle todo su jugo a la vida.

Las hierofanías, manifestaciones de lo sagrado, según Mircea Eliade suelen ocurrir preferentemente en lugares altos o recónditos. Tanto los altozanos como las grutas son lugares habituales de culto. A las divinidades que habitan en lo profundo se les llama divinidades telúricas, que conectan con las fuerzas de la tierra. Pero es que además, las cuevas han sido consideradas como lugares de paso entre el mundo de acá y el mundo de allá. Así tenemos la cueva de la Sibila, en Cumas desde donde Orfeo descendió al inframundo; la cueva de Montesinos a la que el Quijote bajó y en la que vio cosas maravillosas; o la mítica Cueva de Salamanca, para irnos a un ejemplo más cercano. Pero tenemos un ejemplo más cercano aún en la cueva de la Balma (cueva, en valenciano), cuyas paredes de piedra aún guardan el recuerdo de los exorcismos que se hacían no hace demasiados años.

Los santos siempre se han resguardado en las grutas, buscando la soledad para cultivar su relación con Dios, como la cueva del hermano Bartolo, que tenemos en el Desierto de las Palmas. Es sorprendente verificar la cantidad de cuevas hierofánicas que han sido lugares de manifestación de lo sagrado, en la religiosidad popular cristiana de nuestras comarcas: la Mare de Déu de la Balma, ya citada, en Zorita; la Mare de Déu de Gràcia en Vila-real; la Mare de Déu de la Vallivana, en Morella; la Mare de Déu del Sargar, en Herbés; la mare de Déu de la Cova Santa, patrona de la Diócesis, en Altura; Santa Quiteria en Almazora, etc. Si entendiéramos el subsuelo como una concreción de la cueva, habría que situar entonces en esta lista a todas las Vírgenes "*encontradas*", donde la Mare de Déu del Lledó encabezaría la lista.

Tras todas estas cosas que dotan a las cuevas de sentido humano, viene la ciencia



El santuario de la Balma, está construido sobre una cavidad en el margen izquierdo del río Bergantes.

cuantitativa, como hemos dicho, para medir, pesar, contar, etc.: la espeleología. Pero nada de esto tendría sentido sin el subsuelo del que emerge el interés por las cuevas, como hemos intentado mostrar. Por debajo o por encima de la ciencia, está el sentido humano de las cosas, que es el que nos abre al interés para profundizar en su estudio. Y el sentido humano de una cueva lo encontramos en su relación con nuestro origen y destino, tanto individual como colectivo; en su permanencia en la historia del pensamiento como metáfora de la ignorancia que hay que superar; en su caracterización como puerta al inframundo o lugar donde se manifiesta lo sagrado.

BIBLIOGRAFÍA:

- Eliade, M. (2012): Tratado de historias de las religiones: morfología y dialéctica de lo sagrado, Cristiandad.
- García Bacca, J. D. (1969): "Curso sistemático de filosofía actual: filosofía, ciencia, historia, dialéctica y sus aplicaciones". Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Llidó, J. (1999): "Huellas del espíritu en la prehistoria castellanense". Diputación de Castellón, Castellón.
- Sloterdijk, P. (2003-2006): "Esferas" (Vols. I, II, III). Siruela, Madrid.